

El pájaro en el camino

Joel Franz Rosell

El pájaro viene, o acaso va, por un camino negro de piedras verdes.

El pájaro tiene dos picos. Uno delante y el otro detrás. Por eso difícilmente se sabe si viene o si va. Solamente quien conoce muy bien su camino puede saber a qué atenerse respecto a tan extraordinaria criatura. El pájaro de dos picos devora el camino por el que avanza y con el pico que tiene detrás crea, como un canto singular, un nuevo camino. Lo dicho, quien conoce bien su camino no tiene problemas con este pájaro imprevisto, pero también se priva de insospechables aventuras. Andar por un camino que de repente se transforma en canto tiene sus ventajas; sobre todo si se trata de un camino polvoriento.

Recuerdo un día en que me paseaba tranquilamente por el campo. Era un día maravilloso. Una triple nube: anaranjada, azul y violeta cubría una parte del cielo claro. La hierba olía bien, hacía calor y cantaban las cigarras. De repente apareció frente a mí el pájaro de dos picos. Me miró con su ojito negro, brillante como la noche, y de un picotazo se comió un tramo de camino de por lo menos legua y media. El pájaro parecía simpático y no creo que abrigara la menor intención de hacerme daño, pero tenía sin dudas un apetito inaplazable. Di pues un prudente salto lateral y le observé desde la cuneta avanzar con el pico abierto, devorando tranquilamente el camino.

Enseguida me di cuenta de que mi situación era mucho más singular de lo que había pensado al principio. El pájaro hacía desaparecer el camino por donde yo avanzara, pero con el pico de atrás creaba un nuevo camino. De manera que no sólo yo no podía dirigirme al lugar que había planeado visitar, sino que tampoco podía regresar a mi casa, ni llegar a sitio conocido alguno.

En otras circunstancias habríame alarmado, pero no en las actuales. La guerra de Yugoslavia se había extendido a mi calle, llamada calle Y, y mi casa había sido destruida por varias bombas de fabricación casera (paradójico, ¿no?).

La música era evidentemente orquestal. Las notas eran muchas y el pentagrama no arañaba las hojas de los árboles al atravesarlas. De vez en cuando se veía el destello ultravioleta de los *do sostenido* y caía al suelo una cáscara rota y todavía húmeda de *re mayor*. Era una música bastante húmeda. No recuerdo semejante sensación de agua sugerida desde que escuché el *Vals sobre las olas* en el submarino del profesor Tornasol.

Tras la larga sequía de aquel año, un concierto así de mojado venía requetebien. Pero yo había pasado recientemente un resfriado y preferí acercarme a la otra "piña". Ésta era mucho menos cultural. No podría asegurarlo pero es casi seguro que sentía una cierta animosidad por su compañera. Siempre será un misterio cómo del mismo pico del pájaro devorador de caminos pueden salir creaciones tan diferentes. El enigma está dentro de ellas mismas, pero ¿quién se atreverá a realizarles la autopsia? No existe bisturí bastante suave para poder cortar la piel aterciopelada de estas cosas y por otra parte los cirujanos forenses tienen muy mal oído y nunca podrían leer entre los arpeggios que, hasta ahí hemos llegado a saber, rellenan las "piñas".

La actitud anticultural la conozco bien. Durante varios años trabajé en una oficina dedicada a esa importante tarea. En realidad yo no hacía nada allí. Me habían nombrado sólo para castigar mi desvergonzada parcialización en favor de la cultura. Reconozco que nunca he podido evitarlo, en cuanto veo las huellas del paso de una cultura cerca de mí corro a besar el contorno interior, hacia el talón, allí donde se insinúa el azul de las úes. Creo que esta actitud reprochable y viciosa me la contagió una de mis abuelas, pero igual podría ser consecuencia de una insolación que recuerdo haber sufrido cuando era adolescente. Yo siempre creí que mi piel amontillada me protegía eficientemente contra el sol morado de mi país, pero me equivoqué. El caso es que me acerqué a la segunda "piña", que despedía un agradable calorcillo. El calorcillo olía a azufre y apenas tuve tiempo de lanzarme a la cuneta cuando se produjo la terrible explosión; una explosión de celos sin duda alguna [...]

El camino que el pájaro iba cantando delante de mí no tenía nada de inhóspito. En vez de estar constituido de tierra, arena o pavimento, estaba formado de una sustancia negra, muy densa, firme y oscura, pero suave como caucho, sobre la cual reposaban redondeles de hierba verde y jugosa. Me incliné para examinar uno de ellos y vi con asombro que estaba formado por infinitos rascacielos en miniatura. Maravillado por este descubrimiento, recogí la "piedra" (es a lo que más se parecía: a una piedra de camino), pero entonces, al acercarla a mi rostro, vi que en vez de semejar edificios, sus elementos formaban haces infinitos de agujeros verdes que

se hundían hacia el centro de la piedra. Tuve que tener mucho cuidado de no caer dentro de uno de esos agujeros porque eran tan singulares que bastaba rozar uno de ellos con un dedo para encontrarse dentro.

Volví a colocar el extraño objeto en su lugar... Es decir, al lado, porque al levantarla, la masa negra e inerte que formaba el camino se había encabritado y agitado como olas de mar y había dado origen a una nueva "cosa" verde. De esta salieron diminutos fuegos de artificios al colocar yo su compañera al lado (estoy seguro de que, derrotada mi curiosidad, los agujeros verdes habían vuelto a ser diminutos rascacielos, evidentemente habitados).

Decidí continuar adelante.

El pájaro de dos picos había desaparecido. Supongo que había saciado su apetito, porque unos minutos de marcha después me encontré en el camino normal. Al parecer, la criatura había levantado el vuelo. Pero antes de hacerlo había hecho su caca. En el suelo, a un lado del camino ordinario había dos enormes esferas anaranjadas, con la piel como la de las piñas, pero delicadas al tacto como trinos de canario. Del interior de una de ellas salía una música muy bella y muy intensa. Se la veía claramente, esfumándose hacia arriba, levemente inclinada por la brisa, ocasionando en el paisaje una turbulencia como la que provoca el aire recalentado sobre las carreteras durante el verano.



Bojeo de sueño insular

Cuba es tierra de inmigración y de emigrantes. Nadie nació en Cuba. Todos vinimos de fuera. Nuestros aborígenes procedían de las cuencas verdes del Orinoco y en su sangre trashumante trajeron el deseo nunca satisfecho de circunvalar. No llegaron lejos, no consiguieron siquiera bojear el Mar Caribe. Los españoles, segunda ola inmigrante, se lo impidieron; ellos, que venían para volver y siempre lo consiguieron, aunque no fuera más que en el sueño de llegar a la aldea natal cargados con las riquezas fabulosas de América. Y al final desembarcaron los negros que, según la tradición, al morir volaban al África materna.

Todos llegaron del este y del sur, y recogiendo el sueño circunvalador de los primitivos, empezaron nuevos caminos por el oeste y el norte —el Norte dorado, maldecido por todos nuestros próceres—; del primero, poeta, al último, guerrillero. A la Florida, a Nueva York, a México, impelidos por el látigo o la estrechez del bolsillo, animados por el sueño del regreso triunfal, se fueron los criollos del siglo XIX y los —cubanos ya— del XX. Los que soñaban con el universo —magnificación razonablemente paranoica de la orden genética de circunvalar— se fueron a Europa y a París, el Eje del Mundo.

Toda isla —buque hechizado— vive la frustración de no poder navegar. Todo país pequeño —mágico cofre— sueña que contiene al mundo. Es la contradicción y la grandeza de nuestros prohombres: todos condenaron las puertas en el empeño delirante de concentrar la fuerza que debía cultivar el vergel nacional, o lanzaron a los hijos de la patria a conquistar en otras tierras la grandeza que nuestras menguadas fronteras nos negaban.

Hasta el tabaco y el ron, productos totémicos de la tierra nuestra, no producen más que evanescencias: volutas azules que se pierden en el aire o alegrías y hazañas que no duran lo que la hinchazón engañosa del espíritu y no dejan sino un rastro de cenizas en la luz crítica del alba.

La cultura nacional se consagra en el barroco y el realismo mágico, formas que pretenden multiplicar el espacio al recargarlo de burbujas o transformar la perspectiva en un hacer eterno lo perecedero y portentoso lo accidental, extrayendo pruebas de fecundidad de la enorme capacidad de pudrición que posee la naturaleza, y no sólo ella, en el Caribe. Paradojas, en fin, de un universo que se quiere infinito entre las cuatro paredes de una ínsula y sus cinco siglos de historia más soñada que realizada.

Nadie nació en Cuba y nadie muere fuera de ella. El cubano es emigrante perfecto porque deja sus raíces hincadas en la tierra lejana y vive

temporariamente sin ellas. A donde quiera que va, el cubano lleva en cambio una cazuela ritual donde crecen las plantas endémicas, donde siguen oliendo flores y frutas inigualables, donde cantan sinsontes y soneros, donde arden el sol y relucen playas que son —¡quién osará dudarlo!— las mejores del mundo; en esta cazuela se cocinan el congri y el plátano a puñetazos, condimentados por todos los orgullos nacionales.

A donde quiera que vaya, el cubano estará en su terruño, y hablará, pensará y juzgará como si en él nada hubiera cambiado desde que se fue. Allá tiene él su más ardiente amor, su peor enemigo y su amigo mejor.

Y cuando el momento definitivo llegue, incluso el más descreído de los emigrantes, el más lejano y olvidadizo, el más concienzudo negador del Cubanismo, se arrodillará trémulo ante su pedazo santificado de recuerdos. Con una mano en el pecho y la otra tocando madera (alguna de largo y sonoro nombre ciboney) confesará "Creo en tí" y ganará para siempre el reino de su suelo.

Glosario de cubanismos

Criollo: al principio así se llamaba al blanco o al negro nacido en Cuba para diferenciarlo del español o del africano. Hoy se aplica a todo cuanto procede de la isla, convertido el término en sinónimo de cubano.

Sinsonte: pájaro cantor americano semejante al mirlo, muy apreciado en Cuba por la belleza de su canto y por su supuesta incapacidad de vivir en cautiverio.

Sonero: músico especializado en el son, que es el estilo musical cubano por excelencia.

Congrí: comida nacional consistente en una mezcla de arroz y frijoles cocidos juntos.

Plátano a puñetazos: rodajas de plátano verde cocidas en manteca de cerdo que, tras ser aplastadas de un porrazo, de tal forma que parecen galletas, se terminan de freír hasta dorarse.

Ciboney: una de las culturas precolombinas cubanas llevaba este nombre. Tras su extinción sólo quedaron los nombres que ellos les dieron a lugares, animales y plantas.

